

EL CENTINELA DE LA PATRIA.

Mes 1º | San Salvador, Agosto 29 de 1863. | Núm. 11. |



Nuestros corresponsales de Guatemala nos han comunicado por el vapor que llegó ayer á la Libertad, importantes noticias referentes al recibimiento que se hizo en aquella Capital á los trofeos militares, tomados por el ejército guatemalteco al mando de su Jefe el general Carrera, en la memorable acción de Santa Ana del 4 de Julio contra un puñado de Salvadoreños, que le habian quedado al traidor ex-general Gonzalez, restos del ejército de la República, pues todos saben que cuando aquel ejecutó su horrible traicion, se le esbandaron las tropas para verse á rodear á la legítima Autoridad.

Habiendo llegado los cañones, otras armas á la garita, así como tambien dos pabellones de esta República, salieron á ver esos objetos multitud de personas, y á

presenciar la ceremonia que se habia inventado por aquellas autoridades para su recepcion, ó bien la ejecucion de las órdenes que habrian recibido del Presidente Carrera. Colocados los trofeos en línea y los pabellones en el suelo las tropas de la Capital desfilaron junto á ellos pasando y pisoteando los soldados, y los oficiales y jefes que iban montados, las dos banderas salvadoreñas.—Un grito unánime resonaba en aquel campo y era el de “muera el Salvador.”

Este escandaloso hecho que descubre el ódio contra esta República de los que hoy dominan en Guatemala, nos presenta verdades positivas al alcance de todos: levanta el velo á la hipocresía del general Carrera y la de los que lo dirigen; sirviendo tambien para desalucinar incautos. El general Carrera ha dicho desde el principio, que no hace la guerra al Salvador, sino al Señor Presidente Barrios para asegurar la paz de Guatemala y la de los demas Estados de la América Central, protestando que no se ingerirá en las interioridades de la República.—Si no fuera eso un puro pretexto para dividir y hacernos una guerra todavia mas cruel, otra sería la conducta del Jefe guatemalteco.—Vamos á los hechos, porque hemos dicho que des-

cubren las verdades.

El ex-general Gonzalez traicionó con pleno conocimiento del general Carrera al Presidente Barrios, á condicion de reconocerlo como legítimo Gefe del Salvador, siendo como era Gonzalez el primer Senador designado por las Cámaras para ejercer el Poder Ejecutivo, á fin de que separado el Presidente, causa única de la guerra, terminase ésta, con la retirada de las tropas guatemaltecas y la tranquilidad de los demas Estados.—En esa trampa cayó Gonzalez: los incautos que se habian dejado alucinar *con el estudiado pretesto de la guerra*: todos los que amaban la paz y los enemigos de la Administracion Barrios; mas consumada la traicion sabe al mismo tiempo el general Carrera que el Ejército Salvadoreño se habia desorganizado, y que al traidor le quedaban como 700 hombres desalentados. Entónces aquel mudó de tono y de designio, y negándose á reconocer al nuevo gobernante, le intimó rindiese las armas, en lugar de negociaciones pacíficas.—Si Carrera solo tenia en mira la separacion del General Barrios del Poder Supremo, se hubiera ligado con Gonzalez; pero no lo hizo por una razon sencilla, que fué, presentársele la oportunidad de adquirir un triunfo que, aunque no glorioso, al ménos que sonara una victoria sobre Salvadoreños para lavar un tanto la afrenta que recibió con la derrota de Coatepeque; y porque desorganizado nues-

tro Ejército concibió la esperanza de triunfar por completo, no del General Barrios, á quien suponía amarrado en esta Capital, sino del Salvador.—Con fuerzas mas que triples atacó á Gonzalez en Santa Ana, y á pesar de eso los pocos Salvadoreños que habian en aquella plaza la defendieron por 18 horas, causando estrago de gran magnitud al Ejército de Guatemala, que por mas de dos veces se vió derrotado.—Aunque la desventaja del número era tan considerable, habrian al fin triunfado aquellos valientes sin la cobardia, ó una nueva traicion del ex-general Chica en favor de Carrera, mandando á sus ayudantes en nombre de Gonzalez dar órdenes para que se retirara la tropa de las trincheras, suponiendo que todo se habia perdido cuando en esos momentos por la oscuridad y el llover, habia la mas completa calma en los combates—; y aunque la plaza estaba desierta á las tres de la mañana, los valientes soldados de Carrera no la ocuparon, sino hasta haber aparecido el dia.—¿Cuál es la honra que arrojan esos trofeos en favor del general Carrera? La gente imparcial y la historia hablarán.

No ha mandado el general Carrera exhibir á Guatemala el fruto del valor, del honor y pericia militar; ha remitido los testimonios de una traicion horrible y detestable que en nada lo enaltecen, ni prueban contra el honor del salvadoreño; por el contrario

lo si se traen á la vista los acontecimientos, justifican esos trofeos de valor de nuestras tropas.—Hay ocasiones en que gana mas reputacion el vencido que el vencedor. Las banderas pisoteadas en Guatemala, no son la personificacion del General Barrios; representan el honor y dignidad de la República; pertenecen á ésta, y simbolizan nuestros derechos y libertad: así es que ese ultraje no se ha hecho á individuo determinado, sino al Salvador; es á la Nacion á quien se ha pretendido humillar. ¿Qué podíamos esperar de Carrera si por una fatalidad triunfara y se apoderase de nuestra Capital en donde se han concentrado los elementos de nuestra defensa? ¡Pobre del Salvador! Maldicion, anatema contra esos hombres sin corazon para su Patria, y sin sentimientos, que hoy rodean á Carrera por viles intereses, sin reparar que le ayudan á la destruccion de la independencia y dignidad de la República, y que cooperan á la más ruin de las venganzas, y á satisfacer el mas reprobado de los ódios!!!—Pero si hay traidores y malvados, abundan los defensores del Estado, que han jurado derramar su sangre y morir ántes que ver friamente sucumbir todos los intereses sociales al golpe de un Salvaje dirigido por los retrógrados que han ensangrentado á Centro-América desde nuestra separacion de la España hasta el presente.—Quisiéramos por un momento leer en el corazon de los salvadoreños

que están con Carrera, lo que han experimentado al saber que los estandartes de la República han sido pisoteados en Guatemala por la soldadesca.—Quisiéramos saber tambien el juicio que habrá formado Carrera de esos hombres que se manifiestan insensibles é impávidos en presencia de tantas heridas sobre la dignidad de su Patria.—No hay duda que de ellos debe tenerse un concepto fatal y despreciable,—y estamos seguros que tanto Carrera como los gefes de su ejército y las personas públicas de Guatemala, sienten estimacion y respeto por los que defendemos la Capital en cumplimiento de nuestro deber, y que esa turba de traidores reciben su merecido castigo sufriendo el desden de los invasores, porque ya hemos dicho otra vez *que si la traicion agrada, al traidor se le desprecia*.—Ese Gonzalez tan pellejado como malvado, ha sentido el efecto de su deslealtad haciendo un papel miserable en el ejército enemigo, y recibiendo puñalada sobre puñalada; ya con las noticias de la manera con que han sido recibidos los trofeos militares que le quitaron en Santa Ana, cuya afrenta á él solamente le toca; ya viendo burlada su ambicion, sirviendo de mofa y risa su pronunciamiento contra la Autoridad del General Barrios, su amigo y protector.

Las ventajas adquiridas por las armas de Guatemala al mando del general Carrera reducidas á la accion de Santa Ana, no reve-

lan valor ni pericia militar: son el fruto de una traicion que no dá ningun lustre al Gefe guatemalteco; y mas si se atiende á que vamos á completar dos meses que pasó aquella funcion de armas, y en tan dilatado tiempo no hemos sido inquietados siquiera en esta plaza.—Las operaciones se han reducido á marchar catorce leguas.—Consiste en que con iguales ventajas, sabe Carrera por experiencia, que ha de salir descalabrado como en Coatepeque.—El no quiere batirse, como vulgarmente se dice, brazo á brazo, porque se acomoda al sistema de traiciones para adquirir lo que no tendria en una lucha igual; mas habiéndosele dificultado engañar ó comprar traidores, se halla atascado en Quezaltepeque sin saber qué partido tomar, porque todo camino es escabroso, especialmente el de batirse con tropas valientes.—Entre tanto, se está operando una reaccion en nuestros pueblos que abre el sepulcro del ejército de Guatemala; porque ha pasado el pánico engendrado por los acontecimientos anteriores, y el que causaba el “Boletin del Ejército” publicando atroces mentiras, capaces de espantar á los espíritus mas fuertes.—Ese tiempo todo lo está poniendo en claro, y no hay quien no vea que el Gobierno tiene los elementos necesarios para una defensa heroica, que dé por resultado el castigo de los invasores.

Los que recorran los sucesos encontrarán que la República te-

nia el poder mas que suficiente para enterrar al ejército enemigo y que sin la traicion de Gonzalez habria ya pagado Carrera segunda vez su temeridad de vadir al Salvador.—Sin embargo nunca será tarde el castigo, y cuando no está léjos.

Que los Salvadoreños detesten y desprecien á Gonzalez, y que inspiren á sus hijos horror á su nombre, para que lo maldigan como nosotros lo maldecimos.—Que la historia de nuestro pais lo pague como merece.—Que este nuevo Prostrato no halle paz ni sosiego entre los hombres.—Que muera desesperado por el aguijón de su conciencia.—Que su cuerpo sea entregado á las aves de rapina para que sus cenizas no se confundan con las de las personas de buenos sentimientos.—En fin, que la Iglesia le niegue su recinto sagrado como lo hace con los infelices, para que en lo futuro los hombres tengan horror á la traicion.



Los Duendes

En el campamento enemigo hicieron antes de ayer varias salidas de artillería que nos llamaron la atención, lo que nos hizo inqu-

el motivo de aquella alegría: go fuimos informados que ha sido derrotados nuestros *Duendes*.—No dimos crédito al triunfo pero confesamos que nos quedamos alguna espina.—Esta desapa- rición hoy con el parte dado por el Comandante, tan detallado no pudieramos deseirlo, del cual veremos un breve resúmen.—El día 4 de la mañana asaltaron los *Duendes* la plaza de Santa Ana defendida por mas de 200 hombres guatemaltecos, nada menos que doble número que el de los *Virritus malignos*.—En un abrir y cerrar de ojos, éstos se apoderaron de la plaza, cabildo y cuartel de la casa de Garcia, hicieron 53 prisioneros quezaltecos y les dieron libertad á nombre del generoso Gobierno del Salvador: la mayor parte de la tropa guatemalteca huyó con armas sobre el cerro del Pinal de donde aun arro- jaron una descarga de fusil sobre la plaza y desapareció en seguida marchándose los soldados á sus pueblos.—Se tomaron al enemigo sesenta y tantas armas, la mayor parte rifles con sus cartucheras y parque.—Se contaron como diez y siete muertos y al parecer todo era concluido, cuando al rayar el día comenzaron á hacer fuego unos soldados guatemaltecos en la casa de D. Anastasio Rodriguez, que á manzana cercaron los *Duendes*, tomando la resolucion de darle fue- go á dicha casa; pero siendo ésta de cornisa, se hizo difícil pro- pagar el incendio, y como hay pi- la en el patio les fué fácil á los

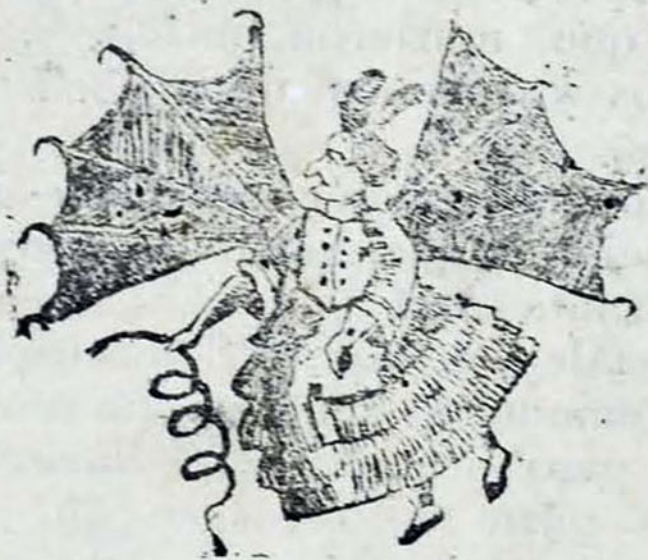
sitiados apagar el fuego por varias veces.—Habria sido tomado el edificio y agarrados los que lo defendian, pero el Señor Presiden- te habia dado al Comandante de los *Duendes* esta órden: "Si la guarnicion de Santa Ana resiste el ataque por mas de cuatro ho- ras, retírese U. al momento, por- que no dudo que al saberse su marcha en el cuartel enemigo que está adelantado seis leguas de esta Capital en el camino de aquella Ciudad, saldrá una fuerza do- ble tras U. y pueden sorprenderlo atacando aquella plaza."—El Comandante aun se excedió en dos horas del término fijado, y con pe- sar, y despues de haber almórza- do y descansado, se puso en mar- cha hácia un punto donde se eje- cutará hoy mismo otra brujería.—Francamente confesamos que per- dimos un bravo Oficial de Santa Ana, que se presentó en el mo- mento de la ocupacion de la pla- za, que murieron unos tres sol- dados y tuvimos unos pocos he- ridos.

Lo que hay de curioso en esa es- pedicion es que, hemos descubierto en Santa Ana una verdadera ca- verna de *Duendes*.—Todos los fusi- les tomados al enemigo, fueron po- cos para armar tanto *duende*.—Una parte de éstos se quedó en aquella Ciudad, y otra engrosó las filas de los que salieron de aquí, para ayudarlos en nuevos asaltos.—Veremos si dentro de poco nos es dado publicar algunas diablur- ras de interés.

Concluimos por ahora asegaran-

do a nuestros lectores que no se pasaran quince dias sin que no aparezcán *Duendes* en todos los pueblos de la República.—Vá á ser una plaga contra los chapines que no estarán á salvo, ni con sus escapuleros, ni con las estampitas que les han dado los hipócritas de Guatemala para librarlos de todo mal.

Una peste de *demonios* vá á dar en tierra con el ejército enemigo.—Esta es una verdad como tres y dos son cinco.—Sentimos que el Boletín del campamento de los guatemaltecos, nos plague de mentiras que asustan, y que hayan perdido su fé y verdad hasta los cañones, haciendo salvás de mentira.—Si así nos van á arrojar la metralla cuando nos ataquen, la cosa vá á ser de reir.



Remitido.

Señor: "Centinela de la Patria."

Un hecho importante tengo que nunciarnos: hace tres dias, que hacerlo, pero temeroso de no coordinar bien mis ideas, por el to que me dieron los religiosos chapines, lo he dejado para hoy. el Señor "Centinela de la Patria," que sea de su consigna publicar el hecho á que me refiero, espero que verifique sin demora; helo aquí:

El 22 del corriente mes, dispúndome á dirigirme al Departamento de San Miguel, con el objeto de arreglar unos negocios privados. Mis paisanos y amigos, procuraban disuadirme, diciéndome presente lo arriesgado de una empresa hallándose el general Guzmán con una division chapina en Jutepeque; pero confiado en mi carácter sacerdotal, y en que se aseguraba que la tropa de Guatemala llevaba por divisa militar la imagen de algun santo y que cantaban todas las noches y al amanecer *la Salve*, desoí aquellos prudentes avisos saliendo de esta Capital con un criado, que llevaba arrebiatado un caballo á la mula que cabalgaba. Partí sin recelo para el lugar de destino. Al acercarme á San Martín y como á cinco cuadras de esa poblacion, me hallé repentinamente rodeado por una avanzada que me condujo á pié al cuadro de oficiales. Segun la órden que les intimó un ayudante: llegado que fui á ese lugar encontré con un amigo viejo, el Prábitero Don Gerónimo Palma, mi paisano y con el Licenciado Parker que comenzaron el interrogatorio siguiente:—Palma. ¿Hermano, tú por aquí?—De dónde vienes?—De San Salvador.—Palma. ¿Cuántos soldados tiene el Patojo?—Cinco mil, con ganas de romperse con UU. las cabezas.—Palma. ¿Cuántas trincheras y pertrechos

a?—Infinitos y polvora sin buena medida.—Palma. ¿Aguantará plaza de San Salvador cuatro dias sitio?—Creo que seis meses no bastantes para rendirla.—Par. Nosotros tenemos cartas y es bien informados, no siendo tan como U. dice.—No obstante así lo y he visto.—Palma. Ya iremos aparemos con setecientos hombres los tres mil valientes que estan al lado del general Cerna, (apenasarian á mil y para hacerme creer era mayor el número estuvieron do vuelta al rededor del cabildo de mas tarde me dejaron preso) alturas de San Jacinto y les lanemos cinco mil bombas, yéndose demas tropa á incorporar con el eral Carrera, es menester que el tojo pague una fuerte trillada que dió y que nunca se me olvidará.—yan luego, que ya los soldados de plaza se desesperan por habérselas U. las bombas no los asustan, no les sucedió á U. con las de ton de los Dueades, y en cuenta la regañada que te dió el General rrios es preciso que seas agradeo pues recuerda que él nos brindó a franca hospitalidad cuando emamos de Honduras.—Palma. Ahoque me hablas de esos malditos endes, cuéntame ¿cómo estuvo la vada del bombero al campamento el Presidente Carrera?—Qué bombe! ni qué calabaza! Es una columna e soldados, llamada de los Duendes, se introdujo entre la avanzada y el pamento y lanzó unas cuantas bombas de carton preparadas de antemano or un cohetero, lo que ocasionó que os soldados de la avanzada huyeran espavoridos, dejando las armas, y andes alarmas en el campamento— qué te parece de los soldados Saladoreños, pues estan para chancear. ¿E y reirse á costa de U.?—Palma.

Si pero ya los sitiaremos, les cortaremos el agua y les obligaremos á rendirse acosados por la sed.—Es imposible cortar el agua, porque Acéhuate atraviesa la Ciudad, hay fuentes naturales por todas partes, y buena porcion de recipientes para recoger el agua que la abundancia de las lluvias nos proporcionan, así es que la gloria de huir por la sed solo es para los chapines, que lo hicieron en Coatepeque.—Palma. Respóndeme cristianamente y dime: ¿es cierto que está Biscoubi en Milingo?—Si y con un cañon chapin, avanzado en Coatepeque.—Palma. ¿Hay mucha gente en el Atajo?—No solo allí, sino en todas las trincheras.—Palma. ¿En dónde está el abandonado Bracamonte y cuánta es su Division?—Está en la plaza con una Division de mas de setecientos hombres, que se llama la Division invencible de la muerte.—Palma. ¿Es cierto que el General Alvarado y el Coronel Espinosa estan metidos con Barrios?—Cierto, y el segundo es el Comandante del batallon de Purificadores.—Palma. Siento que se hayan metido con el Patójo. ¿Viste fusilar al Licenciado Suarez?—Tan lo vi que yo mismo lo confesé y conduje al cadalzo.—Palma. ¿Y murió bien?—Tan bien que no lo dejaron ni penar.—Palma. Yo no hablo de eso, sino de que si murió con valor!—A lo que respondí afirmativamente.—Palma. Y Barrios tenia interes en que se fusilara?—No, sino el Pueblo indignado por su traicion pedia que se le condenase á morir.—Palma. Ya, y los Calvareños dieron un papel, pero ya quemaremos ese barrio y acabaremos con todos ellos.—Y ellos los esperan con tantas ansias que hasta han desocupado la Iglesia y hecho de ella un castillo. A este punto habiamos llegado del fastidioso interrogatorio,

cuando todos los oficiales y soldados que me rodeaban se volvieron con muestras de respeto al aparecer un nuevo personaje: vestido á guisa de soldado, con coton de manta-dril, de barba y cabellos canos, lo que le daba respetabilidad y mas aun la soberbia crápula que tenia: interrogué á los que me rodeaban quién era ese adusto personaje, á lo que me respondieron era el general Cerna, me le acerqué para saludarlo; pero él comenzó un nuevo interrogatorio en esta forma:—¿A dónde vá U.?—Señor, voy á San Miguel á negocios propios.—¿Es U. sacerdote?—Sí Señor, como puede informárselo el Padre Palma.—¿Cómo se llama U.?—Antonio Zúniga.—Ah, ah, U. es uno de los padres que pasaron por Olocuilta con el General Milla.—Sí Señor.—El general tomó un aspecto mas sério y me reconvino diciendo: U. Padre viene á sembrar el terror entre mis valientes, á no estar U. borracho ó loco no diria tales cosas.—Respondí humildemente que se me exigia dijese la verdad y la decia inocentemente.—El general replicó, pues bien, U. queda preso hasta nueva órden y prestará mañana su servicio á mis pacificadores. Pero cuál fué mi susto cuando al dia siguiente ví que los caritativos pacificadores deseosos de quitarme todo estorbo se llevaban mis dos mulas y mi caballo con todos sus equipos y aun registraban mi clerical balandran. Mi primer pensamiento fué creer que trataban de cristianizar hasta las bestias, pues no podia imaginarme otra cosa al ver tantas cruces sobre los sombreros de los soldados, que una procesion de viernes santo no les iba en zaga; mas mi asombro llegó á su colmo cuando desaparecieron tras un cerro, ¡al cielo los lleven! exclamé.—¿Qué gente tan caritativa! En estas y otras meditaciones estaba sumer-

gido, entre las que no tenia en mi lugar el muy pedestre pensamiento de tener que venirme en el llo de San Francisco, cuando oí clarines de caballeria. ¡San Pablo Bailon, grité, si querran llevar al llo hasta mis calzoncillos! no se te, Señor Cura, me dijo el Juez Paz, que doce gallinas y cuatro cerdos del pueblo con sus plumas y cerdas, estarán haciendo ya la corte al cielo; pero por esta vez no corriesgo sus calzones pues es la caballeria del Coronel Argote la que me trae, y como todos ellos son hereges tienen interes en hacerse prosélitos. En estas estábamos, cuando se acercó el espresado Coronel é informado de mí de todo lo sucedido, ordenó á uno de sus dragones me trajese su caballo para venirme, lo que no tuvo lugar por haber fusilado en esos instantes á dos oficiales de Cerna que hicieron resistencia, pues la mula de uno de ellos me sirvió de cabalgadura para venir por el camino decia alla de mis adentros: *Del mismo cuero salen las correas.*—Al llegar á esta Capital, Excelentísimo Señor Presidente de la Republica, pues de un ligero sermoncillo por temeridad, me ofreció en castigo un caballo con su correspondiente montura. ¿Qué diferencia entre los cristianos pacificadores y los hereges?

He acabado, Señor "Centinela", mi narracion, si algo nuevo me ocurriese tendré el gusto de participárselo, suscribiéndome de U. mientras tanto leal camarada.

Antonio Zúniga